

¡Ernesto Guevara ha muerto!

¡Viva el Che!¹

No pocos han proclamado, en estas postrimerías del siglo XX, la muerte de las ideologías. Antes, ya se había hablado hasta la saciedad del “descantamiento” del mundo con el subsiguiente predominio de los valores y opciones seculares. Finiquitadas las ideologías y liberada la sociedad de cualquier halo religioso, todo estaría listo para la irrupción del individuo racional, aferrado a sus fuerzas y capacidades, cuya creencia única radicaría en el predominio absoluto del mercado. Los Fukuyama se dieron la mano con los herederos de Max Weber para proclamar al nuevo ser humano del siglo XXI, un ser humano sin compromisos radicales, sin ídolos ni héroes a los cuales rendir culto. Como tantas otras visiones de la realidad social de fines de siglo, la que acabamos de reseñar se vino al suelo, no en virtud de alguna propuesta teórica más consistente, sino por la pura fuerza de los hechos.

Contrariamente a los vaticinios más elaborados, nuestra época lejos de ser la del “ocaso de los ídolos”, es la de su resurgimiento. Pero no cualquiera está llamado a erigirse en un ídolo para las generaciones de fin de siglo, pues para serlo se tienen que cumplir una serie de requisitos, algunos de los cuales son en verdad extraordinarios. *El subcomandante Marcos*, por ejemplo, es todo un héroe para grupos importantes de los sectores medios mexicanos. Pero, le falta algo para ser un verdadero ídolo de los sectores medios latinoamericanos y

de la juventud rebelde europea. A Marcos, pese a su *look*, su arrojo, valentía, rebeldía y, por qué no, su sensualidad, le falta la prueba última del héroe consumado, le falta la prueba de la muerte, más no de cualquier muerte: de aquella que cierra coherentemente el ciclo vital del que se arriesga, sufre y se sacrifica a lo largo de su vida por un ideal noble y humanizador. Esa es la prueba de fuego, la plena concreción de la opción vital que se ha tomado. Antes de la muerte hay otras salidas, otras alternativas, es posible incluso la traición al ideal. Con la muerte, si ésta sobreviene como consecuencia del compromiso que se ha asumido, se confirma el verdadero talante del héroe, que en adelante ya no puede dejar de serlo.

En vista de este requisito, no hay mucho de dónde escoger. Varios de los que se consideraron héroes en el pasado o bien no tuvieron una muerte absolutamente coherente con su vida o bien fueron proclives a las traiciones más bajas que, cuando se descubrieron, dieron al traste con su pretendida heroicidad. Sin embargo, no todo es vileza y traición en la vida de los humanos; entre estos, hay quienes pueden alcanzar grados extremos de entrega y compromiso con los ideales de justicia e igualdad al punto de arriesgarlo todo (y arriesgar a quien se pusiera en el camino) en la lucha por su conquista. Uno de estos seres humanos ciertamente excepcionales fue Ernesto Guevara de la Cerna, conocido a lo largo y ancho del mundo como el “Che Guevara”.

1. Comentario al libro de Castañeda, Jorge. *La vida en rojo. Una biografía del Che Guevara*, Madrid: Espasa Calpe, 1997.

Su vida, sus opciones, sus dilemas y sus promesas han sido magistralmente registradas por Jorge Castañeda, en su libro *La vida en rojo. Una biografía del Che Guevara* (Madrid, Espasa Calpe, 1997). Con la obra de Castañeda nos es posible escudriñar al hombre y al mito, lo que efectivamente fue e hizo y lo que se le atribuyó posteriormente. Sin nostalgias de ninguna especie, pero tratando de dar cuenta en toda su complejidad de la vida de una de las figuras más influyentes y atractivas de la izquierda latinoamericana, el autor de la *Utopía desarmada* nos enseña que las opciones de Ernesto Guevara no siempre fueron sus opciones y que una cosa fue la vida efectiva de Guevara y otra la vida que, *post mortem*, le crearon la publicidad cubana y quienes, influidos o no por ésta, se proclamaron sus herederos y continuadores.

Cuando el 9 de octubre de 1967, el teniente del ejército de Bolivia, Mario Terán, disparó seis tiros a quemarropa al comandante Guevara puso fin a su vida casi de inmediato. Con este hecho sucedido en la escuela de La Higuera no sólo llegó a su fin la experiencia diseñada por el gobierno cubano y el Che para implantar en Bolivia un foco guerrillero, sino que también se cerró el ciclo vital del hombre Ernesto Guevara y se inició el ciclo del mito Che Guevara que alcanzó su apogeo a finales de los sesenta y que, en la actualidad, ha resurgido con gran fuerza.

En La Higuera murió Ernesto Guevara, el argentino que conoció en México a Fidel Castro y su grupo en 1955, justamente cuando los cubanos se preparaban para zarpar a Cuba e iniciar la lucha revolucionaria contra Batista. Asmático, procedente de una familia en la cual se sentía una fuerte antipatía por el peronismo, Guevara no destacó en sus años de adolescente —transcurridos en la provincia de Córdoba— por sus intereses políticos, sino más bien por una marcada indiferencia ante la política. Esa indiferencia, sin embargo, no excluía una cierta preocupación del argentino por problemas sociales como la pobreza o la salud pública. El placer por las aventuras que implican una exigencia física —y un desafío para su asma— se perfila como uno de los rasgos de su carácter, lo cual se complementa con una actitud sedentaria y errante que lo lleva a viajar incluso fuera de su país. Desde su adolescencia cordobesa, el viajar se convertiría en una evasión de las situaciones contradictorias e incómodas —por ejemplo, la dificultades matrimoniales entre sus padres—, ante las



cuales era preciso tomar una posición intermedia o convivir inmerso en la tensión impuesta por las exigencias del momento. Como lo documenta Jorge Castañeda a lo largo de su trabajo, a Ernesto Guevara siempre le fue difícil aceptar las soluciones de compromiso; las medias tintas lo incomodaban. Ante ello, si no podía imponer su propia solución —que era de exclusión total de una de las alternativas— se daba a la fuga, primero —cuando no era todavía un comandante guerrillero— a los largos paseos y excursiones; después, a las aventuras militares fuera de Cuba.

Este hombre, que tenía como uno de sus lemas vitales el darse entero a la causa que fuera —la amistad, los juegos, los paseos—, es el que se suma a las huestes de Fidel Castro, primero como médico y después como combatiente. El es quien, luego de una serie de azares beneficiosos, se erige como héroe en la batalla de Santa Clara, a fines de 1958, lo cual le permite colocarse a la par de Raúl y Fidel Castro en la conducción del proceso revolucionario, a partir de enero del año siguiente. Ernesto Guevara se convirtió, así, en los primeros años de la revolución cubana en el tercero de a bordo, si es que no, en incontables ocasiones, en el segundo. Como Director del Banco Nacional de Cuba y como Ministro de Industrias hizo, durante los primeros años del triunfo revolucionario, lo que quiso. Entre otras cosas, fue de los primeros

—junto con Raúl Castro— en avizorar el rumbo socialista de la revolución. Hizo todo lo que estuvo en sus manos no sólo para radicalizar las medidas revolucionarias —especialmente aquellas que alertarían al gobierno de Estados Unidos—, sino que forzó un acercamiento de la isla con la Unión Soviética a la espera de que ésta apoyara, sin corapisas, el proceso cubano.

El desencanto con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (hoy ex URSS) no tardó en llegar. La crisis de los misiles (1962) fue una de las tantas pruebas que tuvo el comandante rebelde para saber hasta dónde podía llegar el compromiso soviético. A ello se sumó el malestar por lo que aparecía en el horizonte como unas nuevas relaciones de dependencia en la isla, esta vez con el bloque socialista. Problemas menores como la forma más adecuada de gestión económica (planificación *versus* mercado, estímulos materiales *versus* estímulos, entrega tardía de mercancías soviéticas, baja calidad de las mismas) se fueron acumulando en el desempeño de Guevara como burócrata del gobierno revolucionario. La URSS exigía sujeción absoluta a sus decisiones, fueran en la dirección que fueran. Raúl Castro estaba de acuerdo; Ernesto Guevara no. Fidel Castro —el maestro de la ambigüedad— no respaldaba a Guevara, pero tampoco cuestionaba a su hermano.

En cualquier caso, a partir de la crisis de los misiles, en Cuba se fueron haciendo necesarias las posturas intermedias, moderadas, las concesiones no sólo entre los actores domésticos, sino entre el gobierno cubano, la URSS y Estados Unidos. El comandante Guevara no estaba preparado ni ideológica ni personalmente para eso. Ideológicamente estaba seguro de que no había más alternativa para el desarrollo autónomo de los pueblos latinoamericanos (y la humanidad) que el socialismo, el cual exigía una lucha total, frontal y permanente contra todo aquello que tuviera alguna relación con el capitalismo. A ello se sumaba su apreciación (que lo acercaba a los chinos y a los trotskistas) de que en la URSS se había traicionado el espíritu de los padres del socialismo; en concreto, para Guevara ello se expresaba en el escaso compromiso internacionalista de la Unión Soviética y en la vigencia en su economía de la ley del valor (y, por ende, del mercado). En lo personal, sus actitudes eran lo más contrarias a las concesiones o los pactos intermedios, sobre todo si eso significaba la renuncia a aspectos considerados sustantivos.

Como resultado de todo ello, Guevara se fue quedando solo. Fidel Castro no lo llamaba al orden, pero tampoco lo apoyaba. La huida no se hizo esperar. En 1965 viajó al Congo a apoyar a los grupos que luchaban por la independencia, siendo la expedición un total fracaso. La experiencia congoleña, lejos de amainar sus ímpetus revolucionarios, los alentó, sólo que en adelante su interés se volcará a la creación de un foco en Argentina. Desde que volvió a Cuba, no sin antes vencer grandes resistencias internas, pues se había prometido no volver a la isla, ésta fue su principal meta. Fidel Castro y su equipo comandado por *barbarroja*, Manuel Piñeiro, quieren otra cosa: lo quieren salvar de una muerte segura en Argentina, por eso le presentan una alternativa, el establecimiento de un foco en Bolivia, desde donde pueda moverse (según le hacen creer) a su país natal.

Desde la óptica de la dirigencia cubana, el comandante Guevara tiene que pasar un buen rato en las selvas bolivianas; esas son las instrucciones que dan a sus agentes en este país. Los dirigentes comunistas bolivianos, aunque no aceptan la lucha guerrillera en su país, no se oponen a la idea de que se establezca un grupo insurgente que luego se desplace hacia la Argentina. Cuando caen en la cuenta de que la iniciativa avalada por los cubanos va para largo, en ese momento comienzan a bloquear el apertechamiento del grupo de Guevara, comenzando por la ubicación donde se instalaría la guerrilla: si inicialmente era un lugar más acogedor para los insurgentes, el PCB adquiere un terreno lo más agreste posible. Allí se instalan las huestes de Guevara y allí encuentran la muerte, diezmados por el hambre y la enfermedad, sin haber despertado el mínimo interés popular por la lucha armada y derrotados más por sus debilidades que por la capacidad militar del enemigo. Guevara fue colocado por sus amigos, quizás sin intención expresa, en una ratonera de la que difícilmente podía salir con vida. El quería ir a Argentina, pero le prepararon todo para ir a Bolivia; él creía que estaría de paso en este país, pero todo fue planeado para que se asentara por un largo tiempo. Sin embargo, estos planes no se cumplieron a cabalidad, pues el lugar escogido para ello no garantizaba la sobrevivencia de la expedición. En fin, sucedieron una serie de planes, cambios de planes, buenas intenciones y malas intenciones, fidelidades y traiciones, en todo lo cual el comandante Guevara poco tuvo que ver. Esto desembocó en el fracaso más brutal. Lejos de toda pose noble o heroica,

Guevara cuando es atrapado está convertido en un guñapo, sucio, con el pelo alborotado, descalzo. Así es como está cuando le asestan los disparos que terminan con su vida. Así murió Ernesto Guevara de la Cerna.

A partir de aquí nació el mito del Che Guevara. Ante todo, por obra y gracia de sus asesinos, quienes, luego de acabar con su vida, prepararon el cadáver y lo colocaron en una batea en una pose que le dio a! Che un aire de santidad propio de los mártires. Como señala Castañeda,

“despejaron su rostro, ya sereno y claro, y le descubrieron el pecho diezmado por cuarenta años de asma y uno de hambre en los páramos del sureste boliviano. Lo tendieron luego en la batea del hospital de Nuestra Señora de Malta, alzándole la cabeza para que todos pudieran contemplar la presa caída. Al recostarlo en la lápida de concreto, le desataron la cuerda con que lo maniataron durante el viaje en helicóptero desde La Higuera, y le pidieron a la enfermera que lo lavara, lo peinara e incluso le afeitara parte de la barba rala que portaba. Para cuando comenzaron a desfilar los periodistas y los vecinos curiosos, la metamorfosis ya era completa: el hombre abatido, iracundo y desaharrapado aun en vísperas de su muerte se había convertido en el Cristo de Vallegrande, reflejando en sus límpidos ojos abiertos la tranquilidad del sacrificio consentido” (p. 17).

El mito comenzaba a hacer su recorrido. Su esencia era la vida de entrega absoluta a la causa de la justicia y la muerte valientemente recibida (hasta con satisfacción) por esa causa. El Che Guevara se convirtió, así, en *el hombre nuevo* por excelencia. Podía haber compromisos revolucionarios de diverso tipo, pero nunca como el que había realizado el Che: su vida entera había sido íntegramente entregada a la revolución y los sacrificios exigidos por esa causa fueron recibidos con devoción y estoicismo por el guerrillero heroico. La publicidad cubana hizo lo suyo para engrandecer este mito que recién comenzaba a calar en la conciencia de distintos sectores de la sociedad latinoamericana.

El Che no sólo había recibido con satisfacción, siempre y en todo lugar, los sacrificios que imponía la lucha revolucionaria, sino que su vida entera había sido un ejemplo de coherencia, decisiones atinadas, recta, sin los conflictos que afectan a la mayor parte de los seres humanos y, sobre todo y

ante todo, de un apoyo absoluto a Fidel Castro y al proceso revolucionario cubano. Es decir, el Che no sólo fue convertido en el hombre ideal —honorable, moral, disciplinado, sin conflictos, siempre fresco—, sino en un apóstol de la revolución cubana, en su guardián desde lo alto de los cielos. Y lo mejor, el Che había nacido, como eso que la mitología cubana propugnaba, en la revolución: era un gestor de la misma, a la vez que un fruto. Todos los revolucionarios tenían que emular al Che en todo... también en su apoyo absoluto a Fidel Castro. Si Ernesto Guevara (el hombre) se había vuelto incómodo para Castro, el Che Guevara (el mito) fue su gran aliado para legitimar los virajes de la revolución cubana hacia la sumisión a la Unión Soviética. Castro sí pudo proclamar a los cuatro vientos ¡Ernesto Guevara ha muerto! ¡Viva el Che!

Animados por la propaganda lanzada por los cubanos para afianzar el mito del Che Guevara, las clases medias latinoamericanas —especialmente los sectores estudiantiles— llevaron hasta sus habitaciones y aulas escolares las fotografías y afiches más gallardas de aquél. No pocos emularon su compromiso guerrillero y pagaron con la cárcel o con sus vidas la emulación del mito. Ellos o quienes los sobrevivieron cayeron en la cuenta de que el sufrimiento o la muerte nunca —salvo quizás por los santos— pueden ser recibidos con alegría y buena disposición. En Europa también prendió el mito del Che, cuando en las revueltas estudiantiles de finales de los sesenta se le tomaba como un símbolo de la contestación juvenil hacia el orden establecido. El Che pasó a ser, a contrapelo del estratega militar que fue en realidad o el partidario de la economía planificada que cuestionaba a la URSS por su exceso de mercado, el eterno joven rebelde, desgarbado, enemigo del poder y de las costumbres tradicionales.

Las revueltas estudiantiles pasaron, y la afición por el Che Guevara fue desapareciendo en Europa y Estados Unidos hasta casi apagarse en los ochenta. En América Latina, si bien en los setenta la figura del Che Guevara todavía prendía entre la juventud, en los ochenta también se fue opacando. En Cuba todavía pervive el mito pero como un motivo más de las celebraciones oficiales cubanas, aunque sin generar la algarabía de los años posteriores a su muerte. A finales de los ochenta, todo parecía indicar que el mito del Che Guevara, como tantos otros mitos, estaba en camino de desaparecer en aquellos círculos que tradicionalmente

lo hicieron suyo: la izquierda armada (ahora desarmada), los jóvenes inconformes con el orden establecido y los comunistas cubanos.

La sorpresa en los noventa es que el mito ha vuelto a resurgir. Y no precisamente en aquellos círculos que fueron en el pasado proclives a reclamarse sus herederos. Tampoco ha resurgido en un sentido contestatario. Ha resurgido —el Che seguramente se estará revolviendo en su tumba, si es que no fue incinerado— como una moda en el sentido más banal del término. Ciertamente, son

los jóvenes latinoamericanos y europeos los que consumen camisetas, cinchos, llaveros, carteras, bikinis... con la imagen del Che. Pero lo hacen porque es de buen gusto —en gustos no hay nada escrito— usar una prenda con el rostro de ese buen mozo (con estrellita en la boina y todo) que fue Ernesto Guevara, a quien le decían Che Guevara. Después de todo quizás el mito ha desaparecido o, en todo caso, está siendo devorado por esa fiera a la que se enfrentó Guevara con tanta virulencia: el mercado.

Luis Armando González

